

Deuteronomio 26:5-10

Cuaresma 1 2013 Deuteronomio 26:5-10 “Entonces dirás estas palabras delante de Jehová, tu Dios: »“Un arameo a punto de perecer fue mi padre, el cual descendió a Egipto y habitó allí con pocos hombres. Allí creció y llegó a ser una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos afligieron y nos impusieron una dura servidumbre. Entonces clamamos a Jehová, el Dios de nuestros padres, y Jehová oyó nuestra voz y vio nuestra aflicción, nuestro trabajo y nuestra opresión. Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con grande espanto, con señales y milagros; nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, tierra que fluye leche y miel.

Y ahora, Jehová, he traído las primicias del fruto de la tierra que me diste”. »Tú dejarás las primicias delante de Jehová, tu Dios, y adorarás delante de Jehová, tu Dios.”
(Deuteronomio 26.5-10)

La Cuaresma es un tiempo de arrepentimiento. Cuando seguimos a Jesús en su camino a la cruz, y lo vemos en ese horrible sufrimiento y muerte, vemos lo que merecieron nuestros pecados, porque fue por nosotros, sustituyéndose por nosotros, que Jesús se sometió al arresto, al juicio, al sufrimiento y finalmente fue clavado en la cruz para morir. Fue por nuestros pecados que Cristo, sobre quien Jehová cargó el pecado de todos nosotros, fue abandonado aun por su Padre celestial, así sufriendo lo que sólo las almas condenadas en el infierno sufren.

Pero la Cuaresma también es un tiempo que habla de la liberación. Culminará con el clamor de Jesús: “Consumado es”, de modo que su muerte significará perdón y vida para nosotros, ya que él soportó hasta lo último todo lo que nuestros pecados merecieron. Así que la Cuaresma no es sólo algo que nos recordará nuestros pecados y su profundidad, también es algo que nos animará con la seguridad de nuestra liberación y victoria en Cristo.

Ahora, en este primer domingo de la Cuaresma, nuestro texto nos recuerda las promesas de Dios a un pueblo que no lo merecía, la cruz que ellos sufrieron a manos de los egipcios, la liberación que Dios produjo para su pueblo por medio de Moisés, y finalmente, la gratitud que todo esto debería producir en aquellos que han experimentado este cuidado fiel y los grandes dones que Dios había provisto para su pueblo. ¡Que

Dios nos ayude a sentir aun mayor gratitud por lo que Cristo ha provisto para nosotros y que mostremos nuestra gratitud también en formas concretas como Moisés dirigió a los israelitas de su tiempo antes de entrar en la tierra de promesa.

Lo que Moisés presenta en el capítulo 26 de Deuteronomio son las directivas para la presentación de las primicias de la tierra y de los diezmos. Los versículos de nuestro texto tratan de la pequeña liturgia para la presentación de las primicias de la cosecha cuando los hijos de Israel entren en la tierra prometida. La liturgia, que acompaña la acción de presentar una canasta de las primicias de la cosecha en su nueva tierra al sacerdote que haya entonces en el santuario y confesar que “Declaro hoy ante Jehová, tu Dios, que he entrado en la tierra que juró Jehová a nuestros padres que nos daría”, comienza con las palabras: “Un arameo a punto de perecer fue mi padre, el cual descendió a Egipto y habitó allí con pocos hombres”. La referencia es a Jacob. Su madre, Rebeca, había sido de Aram. Sus dos esposas eran de Aram. Él mismo, debido a la hostilidad de su hermano Esaú que lo obligó a huir para salvarse la vida, había pasado gran parte de su vida en Aram, lejos de la tierra de promesa. La descripción de este antepasado de los de Israel realmente era de un arameo a punto de perecer, o, según la traducción preferida por otros, un arameo errante. Y aun después de regresar a la tierra de promesa, la hambruna lo dejó en una situación tan desesperada que él y su familia, un bando pequeño de unas setenta personas, tuvieron que dejar el país y refugiarse en Egipto.

Pero allí el pueblo experimentó tanto la bendición y la cruz. Se nos dice que “Allí creció y llegó a ser una nación grande, fuerte y numerosa”, pero también que “Los egipcios nos maltrataron, nos afligieron y nos impusieron una dura servidumbre”. Todo eso no debería haber sorprendido al pueblo de Dios. Él había advertido a Abraham: “Ten por cierto que tu descendencia habitará en tierra ajena, será esclava allí y será oprimida cuatrocientos años. Pero también a la nación a la cual servirán juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza” (Gén 15.13-14).

En medio de su aflicción, recordando la promesa que Dios había hecho a sus antepasados, el pueblo afligido clamó a su Dios fiel: “Entonces clamamos a Jehová, el Dios de nuestros padres, y Jehová oyó nuestra voz y vio nuestra aflicción, nuestro trabajo y nuestra opresión. Jehová nos sacó de Egipto con mano fuerte,

con brazo extendido, con grande espanto, con señales y milagros; nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, tierra que fluye leche y miel”. Lo que no menciona este resumen litúrgico es que entre la opresión y el clamar en su aflicción al comienzo del libro de Exodo, y la liberación de la esclavitud egipcia con “mano fuerte, con brazo extendido, con grande espanto, con señales y milagros” pasaron 80 años. 80 años en que si bien nació y creció el que sería el libertador de Israel, Moisés, cuando él mismo pensaba que debería ser el libertador y asesinó un egipcio que maltrataba a un judío, eso se conoció y Moisés tuvo que huir de Egipto y pasar 40 años más en el desierto cuidando las ovejas de su suegro, hasta que Dios lo llamara y lo enviara para hacer esos grandes señales y milagros que finalmente resultaron en la salida del pueblo de Israel de Egipto.

Pero debido al pecado del pueblo y su rebelión cuando oyeron los informes de los espías que Moisés había enviado a Canaán, pasaron todavía otros 40 años antes de que realmente finalmente una nueva generación de Israel entrara en la tierra prometida y se pudiera celebrar este sencillo rito de agradecimiento a Dios por todas sus bendiciones.

Sin embargo, Dios se manifestaría fiel a sus promesas, algo que el que traía las primicias declararía al decir: “Nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, tierra que fluye leche y miel”. No sólo les había dado una tierra, era una tierra productiva, que les daba leche y miel, y ahora, grano, del cual el jefe de familia presentaba las primicias.

¿Cuál era el propósito de esta pequeña ceremonia, y de dar lo primero y lo mejor al Señor de lo que la tierra le daba al adorador? Es tan fácil olvidar lo que hemos merecido. Es tan fácil atribuir lo que son ricos dones de la misericordia de Dios a nosotros mismos o a la suerte o a un dios falso, etc., etc. Pero aquí el adorador recordaba la condición miserable de sus antepasados. Recordó la opresión que el pueblo había sufrido. Recordó la redención que Dios había provisto para el pueblo por su pura gracia, a pesar de los pecados del pueblo. Y ahora recordó que Dios había sido fiel en cumplir todas las promesas que les había hecho.

¿Y el resultado de reconocer la fidelidad y misericordia de Dios? Trae ahora una ofrenda de las primicias, de lo mejor que Dios le había dado. “Tú dejarás las primicias delante de Jehová, tu Dios, y adorarás delante de Jehová, tu Dios”. Esta ofrenda en primer lugar era un acto de adoración al Dios fiel y salvador.

Fue un reconocimiento de que a pesar de su indignidad, a pesar de la opresión de los egipcios, a pesar del pecado de su propio pueblo, ahora por la bendición de Dios estaba en la tierra de promesa y había recibido conforme a las promesas de Dios la cosecha de los campos en esta nueva tierra.

Cuando consideramos lo que Dios en su fidelidad ha hecho por nosotros, ¿no tenemos aun más razones por estar agradecidos a Dios y por responder a Dios con muestras concretas de esta gratitud? Piensen. Si el padre, Jacob, de ese adorador en la tierra prometida fue un arameo a punto de perecer, ¿qué tenemos que confesar de nuestra condición ante Dios? “Estabais muertos en vuestros delitos y pecados”, nos recuerda Pablo en Efesios 2:1. Nuestra condición era de condenación debido a nuestros pecados. “Éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”. Pero de esta condenación y muerte eterna, del poder de la muerte y el infierno, Dios nos libró. “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (Gálatas 4.4-5). Hizo esa redención tomando toda nuestra culpa y castigo sobre él mismo, que lo llevó a esa muerte en sacrificio por nosotros en la cruz del Calvario, que hizo que fuera golpeado y azotado, llenado de escupitazos, y clavado en la cruz, objeto de burlas tanto de su propio pueblo y de los romanos. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Is. 53:6).

Todo esto resultó en nuestra liberación de la condenación y la culpa de nuestros pecados. “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2.8-9).

¿Y qué será nuestra reacción a esta estupenda acción de la misericordia de Dios que no hemos de ningún modo merecido? En nuestro texto el individuo israelita debería presentar una ofrenda, y luego, según el versículo 11, “Luego te alegrarás de todo el bien que Jehová, tu Dios, te haya dado a ti y a tu casa, tanto tú como el levita y el extranjero que está en medio de ti”. Dios nos ha provisto abundantemente los dones de su gracia, el perdón de pecados y la vida eterna. Además nos ha dado diaria y abundantemente todo lo que necesitamos para esta vida. Al reflexionar sobre todo esto, ¿no debemos mostrar nuestra gratitud en ofrendas generosas para que la palabra se pueda seguir predicando y los sacramentos puedan seguir administrándose a nosotros mismos y nuestras familias, junto

con otros en nuestra comunidad y en otras partes del mundo, para que también puedan gozar de estos mismos dones? ¿Es demasiado que regresemos una parte de los dones materiales con que Dios nos ha bendecido a él para que los use para traer la misma bendición y alegría a otros? Sé que necesitan para vivir. Pero su pastor y otros servidores del evangelio también necesitan comer y sostener a sus familias. Y si tienen que trabajar tiempo completo en otra cosa y a veces más que tiempo completo, ¿en dónde van a encontrar el tiempo para atender las necesidades de su congregación? Dios quiere que lo puedan hacer por medio de la gratitud y generosidad de aquellos que reciben el beneficio de su ministerio. Miren cómo en ese versículo final acerca de las primicias no sólo el individuo se regocijaba y disfrutaba de las bendiciones de Dios, sino también los levitas, que no tenían otra forma de vivir sino las ofrendas del pueblo, y los extranjeros. Como dice un comentario: “Es bueno que nos alegremos al presentar nuestros donativos y contribuciones a Dios por su provisión, y que gocemos del uso de ellos en comunión con nuestra familia, los que están comprometidos a la obra de Dios, y los que están en medio de nosotros que tengan necesidades especiales”. WBC.

Christensen, D. L. (2002). Hermanos, cuando mediten durante esta Cuaresma en todo lo que Cristo ha hecho por ustedes, mediten también en lo que pueden hacer por otros como resultado de sus bendiciones que ha derramado sobre ustedes. Amén.